



Homilía en la Santa Misa Exequial por el Papa Francisco Iglesia de El Salvador (Soria) - 26 de abril de 2025

Queridos diocesanos:

Quiero comenzar con las mismas palabras con las que inicié la homilía en la Santa Misa Exequial celebrada por el papa Benedicto XVI cuando murió el 31 de diciembre de 2022: Para cualquier católico, el Papa es “el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión. Esta doctrina de la institución, fuerza y razón de ser el sacro primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente como objeto firme de fe a todos los fieles... “(Lumen Gentium 18). Por ello, en este segundo domingo de Pascua o de la Divina Misericordia, encomendamos a Dios al papa Francisco que ha sido Pastor de la Iglesia universal desde el 13 de marzo de 2013 hasta este lunes de Pascua de 2025, lunes en el que, con gran pena y dolor, recibimos la noticia de la muerte del papa Francisco.

En estos días se suceden muchas intervenciones públicas que recuerdan palabras y encuentros con Francisco. Personalmente estoy agradecido al Santo Padre por haberme encomendado el ministerio episcopal de esta querida Iglesia que peregrina en Osma – Soria. Dejando de lado lo más anecdótico, me fijo en dos líneas fuertes del pensamiento del Papa:

- La primera (precisamente en este domingo de la Divina Misericordia) es su insistencia en el ser de Dios como Dios misericordioso. Convocó un Año Jubilar extraordinario, (del 8 de diciembre de 2015 al 20 de noviembre de 2016), para resaltar que el misterio de la fe cristiana encuentra su síntesis en esta palabra: Misericordia. Dios es un Padre misericordioso que nos ha mostrado su bondad de forma plena en Jesús de Nazaret. Esto nos tranquiliza y da paz y sosiego. Pero también nos compromete ya que, como nos recordaba el Papa, la misericordia debe ser la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia en un doble sentido: 1) el anuncio de Jesucristo y el testimonio debe

hacerse siempre con ternura y 2) la credibilidad de la Iglesia para a través del camino del amor misericordioso y compasivo hacia los demás.

- La segunda línea vertebradora del Magisterio de Francisco está marcada por otro Año Jubilar dedicado a la virtud teológica de la Esperanza. En Europa, más que en ningún otro continente, necesitamos encontrar la esperanza. Sin ella estamos tristes y solo vivimos el presente sin esperar que nada pueda cambiar y progresar; no vemos con claridad el futuro. En la bula de convocación de este Año Jubilar “Spes non confundit” (Rom 5,5) hay una invitación a transformar los signos de los tiempos en signos de esperanza: 1) Uno de ellos es la paz. Estamos viviendo una situación mundial gravemente marcada por las diversas guerras y conflictos que se alargan en el tiempo con la consiguiente destrucción de las familias, hospitales, escuelas, viviendas, etc. y, sobre todo, innumerables víctimas mortales. Es necesario orar por la paz y sustituir las armas por la diplomacia y los espacios de diálogo orientados a una paz justa y duradera. 2) Otro signo de esperanza merecen también los ancianos que, a menudo, experimentan la soledad no deseada y el sentimiento de abandono. En la España despoblada donde se une además el envejecimiento, hay que valorar el tesoro que son las personas mayores por su experiencia tan rica de vida y por la sabiduría que han ido acumulando. Dice el Papa en la bula de convocación del Año de la esperanza que “los abuelos y abuelas sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentren en ellos arraigo, comprensión y aliento” (n. 14).

El Evangelio que hoy hemos escuchado nos habla de la Resurrección de Jesucristo y de las dificultades para entender esta realidad. En el Apóstol Tomás podemos estar representados cada uno de nosotros: “si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré” (Jn 20,25). Pero la esperanza cristiana consiste precisamente en mantener la certeza de que, ante la muerte, donde parece que todo se acaba, la vida no termina, sino que se transforma gracias a la fuerza de Cristo resucitado. En el sacramento del bautismo hemos recibido el don de una vida nueva, una vida divina, haciendo de la muerte el paso a la eternidad.

Encomendamos el alma del Papa Francisco a la misericordia de Dios. Desde el primer momento de su pontificado nos pidió rezar por él. Y demos gracias a Dios por el regalo que ha sido para la Iglesia, para nuestra Iglesia diocesana y para el mundo entero. Descansa en paz, Papa Francisco. Que el Buen Pastor te reciba en sus brazos y la Bienaventurada Virgen María, a quien tanto amaste, te acompañe al cielo. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria